

VI.

¡ Los sucesos!.... He ahí los misteriosos anillos de la cadena que nos arrastra.

¿ Adónde?....

Ese es el secreto de la Providencia y el misterio de la historia.

Si alguna vez alcanzamos á deducir algo de los sucesos futuros por la índole de los sucesos presentes, podemos hoy asegurar que hemos entrado de lleno en el período de la expiación, y que todavía está lejos el período del arrepentimiento.

Si algo podemos vislumbrar al través de las obscuridades que nos cercan, es evidente que nos encontramos en el principio del castigo.

Esa es la ley inexorable de la historia.

Vamos á verlo.



« NUESTRA RAZON »

CON este título, bajo un sobre, y sin fecha y sin firma, he recibido, no hace muchos días, lo que á continuación verá, probablemente con disgusto, el lector curioso :

« Hace veinte años que trabajo doce horas diarias: la fatiga del día me proporciona un sueño profundo durante la noche; pero duermo sobre una cama dura y bajo un techo frágil, abrasado en el verano por el sol, y abierto en el invierno á los rigores de la intemperie.

» Mi vida se reduce á trabajar para vivir, á dormir para trabajar, y á comer para no morirme.

» Soy un bruto. »

« Mis vestidos están siempre desgarrados por la dureza del trabajo, sucios por el polvo que mi asidua tarea levanta y por el sudor que los esfuerzos de mis miembros endurecidos hacen brotar de mi frente.

» Mis manos encallecidas han adquirido una fuerza terrible, y mis pies, cubiertos de lodo, se estampan sobre la tierra con pesada firmeza.

» Soy fuerte.»

« Veo pasar por delante de mis ojos magníficas carrozas, á mi alrededor se levantan soberbios palacios, el ruido de los festines y el estrépito de los banquetes llega incesantemente á mis oídos.

» Nubes de lujo y de placeres relampaguean sobre mi cabeza, despertando en mis groseros sentidos ardientes apetitos.

» Descubro un mundo de fausto y de gloria cuyas doradas puertas no me es posible traspasar, y, apretando los puños, me digo á mí mismo :

» Soy un miserable.»

« Recuerdo, como un sueño que empieza á desvanecerse, una dicha lejana que me sonríe, del mismo modo que sonríe la madre al hijo que tiene en sus brazos.

» Brotaba entonces en el fondo de mi alma una claridad misteriosa que llamaban *Fe*, y me daba aliento para sobrellevar las angustias de la pobreza y del trabajo; una alegría interior que nacía de mí mismo, y que en el lenguaje de los hombres se llamaba *Esperanza*.

» Mas aquella claridad se ha ido desvaneciendo poco á poco, y aquella alegría se ha disipado como una luz que se apaga.

» ¿Qué pasa por mí? No lo sé; pero os aseguro que el vaso de mi corazón está lleno de rencor y de envidia.»

« Yo creía en la justicia infalible de un Dios eterno: me había hecho creer mi madre que después de este mundo nos esperaba otro; que allí un Juez infinitamente bueno, sabio y poderoso nos juzgaría á todos con la misma ley, y que serían castigados con tormentos sin fin los ricos avarientos, y premiados con goces inmortales los pobres que hubiesen sufrido las miserias de esta vida con resignación y mansedumbre.

» También me hizo creer que ese Dios, principio y fin de todas las cosas, había salvado á los hombres de una perdición eterna, enviándoles á su propio Hijo en carne mortal, para que padeciera por ellos los tormentos de la Pasión y las angustias de la muerte, enseñando al género humano per-

vertido la humildad, la mansedumbre y el amor.

»No querréis creerlo; pero entonces me parecía un beneficio la pobreza, y el trabajo una cosa santa».

«Ha llegado á mis oídos una voz tenebrosa, y me ha dicho :

—«Te engañan con falsas promesas; te ofrecen para después de la muerte delicias futuras, para que tú no les disputes las delicias presentes. Te ceden gustosos la posesión del otro mundo, en cambio de la propiedad que te corresponde en éste; te dan el cielo en cambio de la tierra. ¡Oh!.... ¡Es un gran negocio! No te levantarás de la sepultura á reclamar el cumplimiento de esas promesas. ¡Infeliz! ¡No hay más vida que esta vida; no hay más mundo que este mundo! Pero no puedes quejarte, porque los que explotan tu ignorancia y tu fuerza han inventado para ti una Jauja eterna. Baña la tierra con el sudor de tu frente, mientras los ricos y los poderosos la cubren con el esplendor de sus riquezas y con la pompa de sus placeres; trabaja sin descanso, mientras ellos deslumbran tus ojos con el brillo del oro que tú ganas.

»Tú eres el que arranca de las entrañas de la tierra los tesoros escondidos por la naturaleza; tú eres el que anima los campos, cubriéndolos de doradas mieses, de verdes vides, de pomposos ramos

y sabrosos frutos; tú construyes los palacios; tú tejes la seda; tú fundes el bronce; de tu miseria brota á torrentes el lujo que inunda las grandes ciudades, y tú vives hambriento y desnudo, y te consumes á la vez el trabajo implacable y la pobreza invencible.

»Eres más fuerte que Sansón; no necesitas asirte á las columnas del templo para destruirlo; crúzate de brazos, y presenciarás la ruina de todas las grandezas que te desprecian.»

»Estas palabras mordieron mi corazón como serpientes venenosas.

»Leía yo unas veces, y oía leer otras, periódicos y libros cuya lectura despertaba en mi corazón el ansia de la riqueza. Yo era uno de los innumerables *desheredados* que se arrastran por el lodo de la tierra.

»Todo es mío, y nada me pertenece.

»Siembro, y otros cogen; trabajo, y otros gozan.

»En el fondo de mi corazón hierve la ira; una nube espantosa se ha formado en las tempestuosas soledades de mi pensamiento, y va á estallar en rayos y centellas.

»¿Qué sois vosotros?... ¡La sociedad!.... Pues bien: nosotros somos la asociación.»

«Nos hemos contado, y somos más que vosotros.

»¿No decís que las mayorías lo saben todo y lo pueden todo?... Pues nosotros somos mayoría; y si lo sabemos todo y lo podemos todo, claro está que todo lo queremos.

»Dejadnos el puesto que nos habéis usurpado; devolvednos las riquezas que hemos ganado; venimos á pedirnos la herencia del mundo que nos pertenece.

»Nuestros títulos son los *derechos del hombre*, que vosotros habéis proclamado; nuestra fuerza, nosotros mismos.»

«Aquí nos encontramos frente á frente la sociedad y la asociación. Vamos á cuentas.

»¿Qué es la sociedad? Vosotros nos habéis enseñado que es un *contrato*; pues aquí está la asociación, que es un convenio.

»¿Por qué ha de tener más fuerza lo que vosotros *contratáis* que lo que nosotros *convenimos*?»

«¿En nombre de quién invocáis los sagrados derechos de la sociedad?... ¿En nombre de Dios?... ¿De cuál?

»Habéis declarado que lo mismo da uno que otro, que es indiferente cualquiera, y que la sociedad puede vivir muy bien sin ninguno.

»Al negar la enseñanza oficial de toda religión positiva, habéis negado la existencia de todo Dios verdadero.

»La sociedad no tiene Dios ninguno, ni la asociación tampoco.»

«Acaso invoquéis los eternos principios de la moral.

»Y nosotros preguntamos:

—»¿De qué moral?

»Y nos contestáis:

—»De la moral universal.

—»Pero si la moral universal nace exclusivamente de los hombres, ¿cómo puede tener principios eternos? ¿Tendréis la presunción de creer que vosotros solos poseéis el privilegio de exponerla, definirla y aplicarla?»

«Somos *internacionalistas*; es decir, somos los últimos reformadores.»

«Ya lo sé; estáis indignados contra los incendios y los asesinatos de la *Commune*, y pensáis abrumarnos con el horror de la sociedad; pero tú,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1^{da} Ed. 1825 MONTERREY, MEXICO

sociedad, que te horrorizas, ¿quieres que te cuente tu historia?

»¿Sabes quiénes son tus últimos progenitores?

»¿Acaso Rousseau, Voltaire, Robespierre, Danton y Marat no son tus padres?»

«Sin duda es absurdo que el trabajo se subleve contra el capital que lo alimenta; pero advertid que el capital que habéis creado es un capital sin Dios, y, por consiguiente, sin caridad.

»Decís capitales por no decir hombres, porque sabéis que el capital no tiene entrañas.

»¿Qué nos pide el capital? Mucha ganancia; pues nosotros le pedimos mucho salario.

»Si el capital es insaciable, ¿por qué no ha de ser también insaciable el trabajo?»

«Convengamos en algo.

»¿No entra en vuestra aritmética el principio de que la riqueza dividida se aumenta?

»Convenimos en ello, y he aquí por qué nosotros queremos repartirla.»

«No os negaremos la gloria de haber desestanzado

gado grandes masas de riqueza detenidas en los hondos huecos de las *manos muertas*.

»Os aplaudimos; pero ha llegado la hora de que sepáis que aquí no hay más manos vivas que las nuestras.»

«¿Qué quiere la sociedad que nos ha enseñado todas estas cosas que ignorábamos?

»Quiere que nos resignemos con la dureza de nuestra suerte.

»Que nos sometamos al rigor de la pobreza.

»Que nos sujetemos á la ley del capital.

»Que seamos humildes, sobrios, pacíficos y honrados.

»Pues bien: que se nos devuelva la *Fe* que nos alentaba en nuestras angustias.

»Que se nos reintegre en la posesión de aquella hermosa *Esperanza* que nos alegraba en medio de las tribulaciones de la miseria.

»Que la idea de un Dios eterno, Juez supremo é infalible, vuelva, con toda su majestad y su grandeza, con toda su bondad y su misericordia, á grabarse en nuestras conciencias turbadas.»

«Han suprimido á Dios por caro. ¡Ah, y cuán caro va á costar el haberlo suprimido!

» ¡Nos quitan el cielo, y no nos quieren dejar la tierra!

» ¡Nos cierran las puertas de la eternidad, y no nos quieren abrir las puertas del mundo!

» Lo veremos.»

«Tú cuentas con la fuerza de la sociedad; pero la sociedad no tiene ya más fuerza que la de la pólvora y la de los ejércitos.

» Nosotros contamos con la fuerza de la asociación, con las *buelgas* y con el *petróleo*.

» ¡Sociedad! ¿De qué te horrorizas? ¿De qué te indignas? ¿De qué te espantas?

» ¿Somos insensatos? Pues tú nos has hecho perder el juicio.

» ¿Somos malvados? Pues tú nos has instruido.

» ¿Somos unos criminales, espanto de la razón, horror de la historia y vergüenza del género humano? Pues tú eres nuestro cómplice.»

«¿No? ¿Acaso hemos brotado en las salvajes soledades del Africa?

» ¿Somos los soldados de Omar ó los bárbaros de Atila?

» ¿Qué región salvaje nos ha vomitado?

» Como tú, sentimos la soberbia de nuestra razón soberana.

» Como tú, paladeamos el refinamiento de todos los placeres.

» Como á ti, nos abrasa insaciable sed de oro.

» Como á ti, nos estimula y nos agita la acerba comezón de todas las concupiscencias.

» Somos tus hijos.

» Tal y como nos ves, tal y como somos, nos hemos engendrado en tus entrañas.»

Después de leer esta serie de párrafos, que su autor anónimo llama pensamientos, mi primera intención fué rasgar el papel en que se hallaban escritos; mas me detuve al mismo tiempo de ejecutarlo, pensando que su lectura podía ser conveniente.

La *Internacional*, se dice, es una asociación tremenda, un somatén salvaje, cuyos principios aterran, cuyos medios espantan y cuyos fines horrorizan.

Es verdad; pero yo no tengo por qué disimular mi pensamiento, y á mí ni sus principios me aterran, ni sus medios me espantan, ni sus fines me horrorizan, porque se me ha metido entre ceja y ceja la idea de que la *Internacional* viene armada de terrible lógica.

La lógica que la ha producido es la que á mí me aterra, me espanta y me horroriza.





EL DON DE LA PALABRA

I.

PARA inventar la palabra ha dicho Rousseau que fué necesaria la palabra; de manera que el hombre la obtuvo como un don, como un beneficio; abusar, pues, de ella, es un abuso de confianza.

Es justo, sin embargo, reconocer en aquellos que lo merezcan el mérito, hasta cierto punto insignificante, de haber extendido el uso de la oratoria á todos los actos de la vida. La celebridad de esas elocuencias nos ha impuesto á todos la obligación casi imprescindible de llevar siempre á la mano un discurso con que satisfacer las exigencias del momento. ¡Ya se ve! Los oradores de los clubs han recorrido, durante algunos años, casi todos los pueblos de España, dando, digámoslo así, *gratis* ciertos de elocuencia. Han sido, permítaseme la vulgar exactitud de la comparación, una especie de

Dulcamaras, que han ido de ciudad en ciudad y de aldea en aldea, prodigando el *elixir* de frases preparadas de antemano.

Después de todo, el aparato de la voz humana no es más que un instrumento que exhala, según la habilidad de cada uno, la música de las notas ó la música de las palabras. Un orador es al fin un artista, y si no está dotado de un grande amor á la verdad, la sacrifica de continuo al honor del éxito: es un actor de más ó menos mérito, que no titubea en representar los papeles más odiosos ó más ridículos, con tal de obtener el premio fugitivo de unos cuantos aplausos. Adulador constante de las pasiones, de los vicios y de los errores puestos en moda, atrae, como las mujeres envilecidas, por los falsos encantos del estilo, y hace brotar su popularidad de la misma corrupción que siembra. Después acontece que el tirano se cansa de las complacencias de su favorito, se enoja, y la gloria del ídolo rueda por el polvo.

Ese momento llega más tarde ó más temprano, porque las multitudes, inconstantes de suyo, cambian fácilmente el aplauso por el desprecio; y como si quisieran darse testimonio de su poder, arrastran por el suelo las mismas glorias que levantan con la misma facilidad que las crean.

No siempre el orador acierta á traducir la pasión del momento que agita á las multitudes, y éstas, más acostumbradas á que las exciten que á que las contengan, no se detienen en sacrificarlo

Se cobran en silbidos los aplausos anticipados, y por esa justicia permanente, que surge de la naturaleza misma de las cosas, el cómplice desprecia al cómplice.

La verdad es el honor del entendimiento humano; la palabra que lo escarnece, se deshonra.

Las plebes, casi siempre engañadas, se vengán muchas veces, sin saberlo, de los errores que les inculcan y de los extravíos á que las conducen los errores de la palabra y los extravíos de la elocuencia en los mismos que los pervierten.

Vergniaud, Danton, Robespierre...; la elocuencia, la audacia y la envidia, pasaron sucesivamente de la adoración pública á la guillotina. Aquéllas tres lenguas populares, tan distintas y tan poderosas para encender las pasiones, inflamar los odios y hacer cortar tantas cabezas ilustres, no tuvieron ni energía ni fuerza para salvar sus propias vidas. El mismo pueblo que habían embriagado con sus palabras, fué el que los llevó al cadalso.

La plebe que degolló á Luis XVI, fué la misma que decapitó á Vergniaud, á Danton y á Robespierre, porque los instrumentos de los hombres se convierten muy fácilmente en instrumentos de la Providencia.

Pero entretanto, el cortesano del vulgo recorre los dominios de la multitud soberana, disputándole á los cantantes de la legua, á las colecciones de fieras, á las cuadrillas de acróbatas, las

momentáneas manifestaciones del favor público. Y para que la emulación sea más patente, el orador ejecuta las complicadas suertes de su retórica en medio de una calle, en el rincón de una plazuela, desde el balcón de un casino, en el patio de una posada, en un café, en cualquier teatro, en la plaza de toros ó en un circo de caballos. No les disputa solamente la celebridad, sino también el lugar de la escena. En cualquiera de esos sitios da el orador ambulante su función de elocuencia.

Allí despliega todos los recursos de su habilidad: las frases de efecto saltan sobre la arena como fieras domesticadas; la retórica, artísticamente dislocada, ejecuta, á los ojos del público atónito, contorsiones admirables; sus figuras presentan actitudes sorprendentes de equilibrios imposibles. Por una fuerza particular de prestidigitación que asombra, la historia se convierte en fábula, y la fábula en historia; las melodías del lenguaje se unen á la brillantez de los conceptos, y el auditorio, absorto por la presencia, si podemos decirlo así, los ejercicios más difíciles, los saltos mortales de la palabra.

El orador, más modesto de lo que se cree, no pide á la multitud convencimiento, sino aplausos, y como es tan fácil golpear una mano sobre otra, obtiene las ruidosas demostraciones de un éxito completo: el concurso se deja llevar por el oleaje de tan imperiosa elocuencia, y, queriéndose dar alguna razón de lo que oye, acaba, como si dijéramos, traduciendo á Tácito sin entenderlo.

II.

Ello es que el público se ha ido aficionando á esta clase de espectáculos, y ya no hay persona conocida en el mundo por alguna aptitud más ó menos dudosa, que, con cualquier motivo ó con cualquier pretexto, no se vea asediada por esta singular exigencia:

— ¡Que hable!... ¡Que hable!

¿Se trata de un entierro?... Pues hay que levantar la tribuna sobre la sepultura, y allí, delante del cadáver, del cual no se acordará nadie al día siguiente, hay que hilvanar con las primeras frases que se vengán á la boca, un discurso fúnebre, como si la feroz intemperancia de las palabras se hubiera propuesto perseguir á los hombres hasta después de muertos.

Asiste V. á la animada fiesta de una boda, y toma V. sencillamente parte en aquella alegría, que Dios sabe después las lágrimas que ha de costar, y llega un momento en que empieza V. á advertir que la concurrencia lo mira á hurtadillas, y que los convidados cuchichean entre sí: no sabe V. á qué atribuir la causa de esta expectación, de que, por lo visto, es V. objeto, y examina V. su persona, y no encuentra nada en ella que pueda servir de motivo ni á la admiración ni á la burla. En esto, uno de los circunstantes se le acerca con la sonrisa en

los labios, y con la mayor naturalidad del mundo le dirige á V. esta frase inesperada :

—Caballero, es preciso que diga V. algo.

—¡Demonio!— exclama V. interiormente.

Insiste, y V. se excusa de la mejor manera que puede, sin que logre convencerlo de que, en efecto, no tiene nada que decir.

Entonces se extiende por la concurrencia un rumor, en el que distingue V. claramente estas palabras :

—Sí, sí : que hable, que hable.

Un nuevo interlocutor se le presenta, exclamando :

—¡No hay escape!.... Es una exigencia de las señoras.... Hay que decirles algo á los novios.

¡Santo Dios!.... ¡á los novios! ¡Como si ellos no se lo tuvieran ya dicho todo!

¿Y qué hacer?... El concurso espera, y ni siquiera hay tiempo para coordinar las primeras palabras, porque los más impacientes han impuesto silencio al auditorio, y no se oye en la sala el vuelo de una mosca. No hay más remedio que soltar la espita de una oración epitalámica, y coronar la fiesta con un diluvio de tonterías.

Así acaban con un discurso, por lo común grotesco, los dos actos más serios de la vida : el acto de morir y el acto de casarse.

Se trata de celebrar el advenimiento al mundo de un nuevo ser, que entra en la vida llorando, amargamente, y, sea como quiera, es preciso pa-

ticipar de la alegría que causa este triste suceso. La ocasión no puede ser más propicia. ¿Qué asunto más digno de la filosofía y de la elocuencia, que la aparición sobre la tierra de un nuevo vástago de la especie humana?... ¿De dónde viene este ser, á la vez esperado y desconocido?... ¿Adónde va?... ¿Cuál va á ser el destino de su vida?... ¡Friolera si hay aquí tela cortada para grandes discursos!

Por modestas que sean las apariencias de este regocijo casero, no ha de faltar entre los concurrentes alguno que, medio orador y medio filósofo, encuentre ocasión y auditorio para hacer patentes su aptitud y su ciencia.

Entre las diferentes preocupaciones que nos dominan, la manía de la elocuencia y los excesos de la palabra constituyen el vicio principal de nuestras costumbres.

III.

Esta especie de locura de que nos hallamos poseídos, es un fenómeno muy natural. La democracia, abandonada á sus propios instintos, ó extraviada por la lisonja de sus cortesanos, á pesar de todas las teorías que acerca de ello se hagan en el terreno práctico, no consiste tanto en el rebajamiento de los hombres como en el envilecimiento de las cosas. No se le puede decir á la plebe: «tú eres rey», sin que inmediatamente pretenda ponerlo todo bajo

el dominio de su poder supremo ; su cetro es la igualdad ; pero la igualdad es un nivel que todo lo arrasa.

Al destruir las jerarquías, rompe todos los modelos, y, no pudiendo elevarse á las regiones donde habitan la ciencia, la virtud y el genio, impone al genio, á la virtud y á la ciencia la humillación de apropiárselos.

Como no tiene conciencia cierta de su falsa autoridad, como duda perpetuamente de la legitimidad de su derecho, se encuentra en todas partes sombríamente celosa de su poder, y en todo lo que se levanta ante ella por su propio mérito, ve un adversario, que, por lo menos, hace sombra á su tumultuosa majestad, y en toda elevación ve un delito, en toda aptitud un crimen, en todo mérito una traición. Semejante á Herodes, se halla siempre dispuesta á degollar al género humano, porque evidentemente en la raza de los hombres puede estar el que la venza, la destrone y la sojuzgue.

Su vida es, por lo tanto, agitada, inquieta, llena de terrores, de sospechas, de odios y de venganzas, como la vida de los usurpadores y de los tiranos.

Democracia quiere decir proscripción de toda verdadera grandeza, ó, lo que es lo mismo, el vilipendio de todo lo que es grande por su propio mérito.

Ella es la que en la antigüedad decreta la muerte de Sócrates porque es sabio, y destierra á Aris-

tides porque está ya cansada de oírle llamar el Justo. Es la misma plebe que adora como á dioses á los emperadores de Roma, porque ve en ellos sus propios instintos, sus pasiones, sus vicios, su ferocidad y su ignorancia. Esa es la que en los tiempos modernos hace bajar á la guillotina las cabezas más ilustres de Francia; la que, degradando la misma soberanía que proclama, deifica la razón humana, rindiendo á una mujer de costumbres libres el culto vergonzoso de todos los delirios.

Obsérvese que la democracia no tiene en su bandera más que una fórmula, que resume todo su pensamiento; su múltiple boca sólo lanza un grito, en el que parece que se exhala todo el rencor de sus íntimas aspiraciones. Por todas partes se la oye gritar: « ¡ Abajo!... ¡ Abajo!... ¡ Abajo ésto, abajo aquéllo, abajo todo! ¡ Abajo la autoridad, abajo la ciencia, abajo la virtud, abajo la eternidad, abajo el cielo, abajo Dios! » No se encuentra segura de su imperio si no lo ve todo debajo de sus pies. Es al mismo tiempo la cohorte de todas la tiranías; como es servil, no es jamás humilde.

Como carece, según ya he dicho, del convencimiento de su derecho, no reconoce nunca el de los demás; siendo su única ley la violencia y la fuerza, se halla siempre en esta alternativa: ó esclava, ó tirana; cobarde, en fin, como todas las ilegítimidades, suele sentir el heroísmo del miedo, y en los momentos de peligro se entrega á los mayores excesos, ó se somete á las más ciegas dictaduras. El

furor hace en ella las veces del entusiasmo, y el delirio es el aspecto de su justicia.

Tiene sus ídolos; pero esos semidioses fugitivos que levanta sobre sus hombros, no viven más que lo que viven sus abyecciones y sus lisonjas; los mantiene en alto mientras son sus cortesanos y sus aduladores, y los eleva sobre su cabeza, como si quisiera mostrar en ellos todos los títulos de su soberanía. Pero, ¡ah!, se cansa pronto de sus favoritos, y cuanto más altos los levanta, más terriblemente los desploma; parece que se complace en elevarlos, para que les sea más fácil destruirlos; los conduce triunfalmente al Capitolio, para tenerlos más cerca de la roca Tarpeya.

IV.

El don de la palabra es un privilegio divino, y claro está que no había de librarse de esta especie de secularización á que parecen condenadas todas las aptitudes superiores. No era posible suprimir, de las dádivas con que Dios honra á los hombres, ese don precioso; mas era posible hacerlo descender de las alturas en que brilla, para que lo viéramos arrastrarse por el polvo de las calles, arrancarlo de los lugares augustos, para poder llevarlo á los cafés, á las plazuelas y á los circos. Realmente, no nos es dado abolir este noble privilegio, que constituye una de las más altas aristocracias del talento; pero no es imposible destituirlo de su dignidad, esto es, envilecerlo, ó, lo que es lo mismo, democratizarlo hasta el punto de que la locuacidad se confunda á los ojos del pueblo con la elocuencia, hasta el extremo de que sean para él una misma cosa charlatanes y oradores.

La palabra así vulgarizada ha perdido su saludable influencia; los auditorios acuden como á una fiesta que los divierte; oyen, aplauden y olvidan; la elocuencia, descendiendo de su trono, se ha convertido en una mera habilidad sin grandeza y sin prestigio; se ha puesto al servicio de todos los errores, y ha caído, empujada por sus propios excesos. No buscamos en ella ni la verdad, ni el genio, sino el mero espectáculo y la adulación de nuestros defectos. Los súbditos hablan á los reyes á los pies del trono; más fastuosa la democracia, levanta una tribuna en cualquier parte para oír á sus cortesanos.

¿Qué nos queda? Nos queda la moda de los discursos, la manía de ser orador, el capricho de ser auditorio.

Comprendo el furor de los banquetes y la pasión por las comilonas, porque, de todos los sentidos, el paladar es el más positivo, el más material, el más grosero, y, por lo tanto, la exaltación pública del estómago corresponde con toda propiedad á una civilización resueltamente sensual y materialista. Retrocediendo veinte siglos, podemos decir como Horacio: «Si vienes á verme, encon-

trarás en mí un cerdo lleno de gordura, de la manada de Epicuro». Pero, en verdad, nuestros continuos banquetes no tienen por único objeto el placer de la mesa.

Detrás de la suculencia de los primeros platos están los postres, y en los postres están los brindis: es preciso brindar, y cada brindis es un discurso. Cualquiera que sea el pretexto del festín, cada convidado es preciso que lleve su perorata de cajón. Es el caso de que cada uno exprese, vengan ó no á pelo, sus opiniones sobre filosofía ó sobre historia, sobre política, sobre el arte, sobre la literatura, ó sobre todas estas cosas á la vez. Es la ocasión de los programas, de las profesiones de fe, de las protestas. Allí, con la copa en la mano, se juzga á voz en grito lo pasado, lo presente, lo temporal y lo eterno: esta es la comidilla de las grandes comidas.

Si el mundo sensato tuviera alguna vez valor para levantarse contra esos juicios, apelaría, como la mujer de Siracusa, á Dionisio en ayunas. Pero, ¡bah!, esos jueces congregados alrededor de una mesa cubierta de manjares, apelarían á su vez á Horacio, panegirista de Catón, y replicarían, diciendo: «El gran Catón no fué, en substancia, más que un borracho, que bebía en el vino la fuerza de su virtud».

V.

Por lo que hace á viajar, aconsejo al que todavía no haya perdido lo que me atrevo á llamar el pudor de la palabra, que viaje de incógnito. Si tiene amigos ó conocidos, ó, lo que es peor, admiradores en cualquiera de los pueblos del tránsito, que salen á recibirlo, y le obsequian, y le festejan, está perdido. Correrá la voz de que ha llegado al pueblo un personaje, acudirán al pie de los balcones de la casa en que se hospede los más desocupados y los más curiosos; esta es la base de todo auditorio: y pronto los más impacientes clamarán, diciendo:

—¡Que hable!.... ¡Que hable!....

Entre los obsequios, este es uno de los que los amigos, los conocidos ó los admiradores le tienen dispuesto.

La tribuna está abierta, el concurso reunido, y los aplausos preparados; sólo falta el discurso de cajón.

Para un charlatán, es una bella ocasión; para el que tributa algún respeto á la dignidad de la palabra, es un triste compromiso.

De todas maneras, no hay más remedio que hablar ó morir, y, charlatán ó no, hay que salir al balcón y lanzar al aire todos los desatinos de antemano estudiados, ó la serie ramplona de los lugares comunes establecidos por la necesidad para salir de estos apuros.

Á esa degradación ha llegado el don de la palabra y el poder de la elocuencia.

Discursos de cajón es tanto como decir:

Palabra de munición, oratoria de pacotilla.

Ó, lo que es lo mismo:

Ignominia de la palabra y vilipendio de la elocuencia.



EL HOMBRE-DIOS

I.

POR lo visto, hay en el fondo de la sabiduría humana y de las grandezas de la tierra, una sombra profunda que, reflejándose en la frente de los sabios y de los poderosos, la cubre de tristeza.

Hablando de Napoleón, decía Sièyes: «Es un hombre que todo lo sabe, que todo lo quiere y que todo lo puede». Los hechos posteriores de Bonaparte, desde el Consulado hasta Santa Elena, dieron testimonio auténtico de la exactitud de las palabras de Sièyes. Genio ó fortuna, ello es que Napoleón, dentro de los límites humanos, todo lo supo, todo lo quiso y todo lo pudo.

Cualquiera que sea la atracción ó la repugnancia que su nombre nos inspire, es preciso admirarlo.

Pues bien: el arte nos representa á este hombre extraordinario, en el momento solemne en que